

CRISOLES CAUCÁSICOS¹

A la hora de abordar los conflictos sociales que han sacudido las impúberes repúblicas caucásicas durante los últimos quince años, resulta útil tener presente un contexto comparativo más amplio. El derrumbe estatal y la guerra civil han sido la plaga del periodo que se inauguró en 1945. Unas 122 guerras civiles han sacudido 73 países, suponiendo cerca de 17 millones de muertes. Bloques de datos por series temporales transnacionales nos han ayudado a identificar algunas pautas generales que permiten distinguir Estados susceptibles de entrar en una guerra civil de aquellos que se han demostrado relativamente inmunes. En este sentido, hay cuatro cuestiones en especial dignas de mención. En primer lugar, existe una relación significativa desde el punto de vista estadístico y sustantivo entre Estados recién independizados y el comienzo de una guerra civil. El 12 por 100 de los nuevos Estados admitidos en las Naciones Unidas después de 1945 entró en guerra civil al cabo de dos años de independencia. A este respecto, las formaciones estatales que surgieron en Europa del Este después de 1989 se mostraron incluso más propensas que aquellas creadas a partir de los dos periodos anteriores de derrumbe imperial en Asia del Sur y en Oriente Medio en la década de 1940 y en África en la década de 1960. De los Estados que sucedieron a los existentes durante el periodo soviético en la antigua república yugoslava y en la URSS, un 30 por 100 se precipitó hacia las hostilidades en la década posterior a la independencia.

En segundo lugar, hay una asociación entre un terreno montañoso –donde los rebeldes pueden esconderse de las milicias del Estado– y el advenimiento de una guerra civil. En efecto, los ejemplos caucásicos que constituyen el centro de atención del libro que estamos reseñando tienen topografías ideales para sostener grupos guerrilleros. En tercer lugar, mientras que la duración media de todas las guerras civiles en curso en 1999 es de quince años, la duración media de las guerras civiles poscomunistas está por debajo de los cuatro años. Estas últimas son, sin duda,

¹ Georgi DERLUGUIAN, *Bourdieu's Secret Admirer in the Caucasus. A World-System Biography*, Chicago, University of Chicago Press, 2005.

desagradables, pero son más cortas (y menos sangrientas) que la media. Por último, todas las guerras poscomunistas se desactivaron con relativa rapidez a través de un armisticio, a excepción de Chechenia.

Los datos cuantitativos que revelan estas pautas tienen sus límites. Quienes los analizan no pueden sino especular sobre los mecanismos que traducen una propensión a la guerra civil en su efectuación. Además, estos estudios cuantitativos sólo captan una pequeña parte de la variación, ya que pueden explicar la vulnerabilidad del Cáucaso postsoviético, pero no pueden explicar por qué Chechenia y Abjasia sufrieron y, en cambio, Kabardino-Balkaria y Ajaria se salvaron. La etnografía de Georgi Derluguian del derrumbe soviético en el Cáucaso proporciona herramientas que ayudan a convertir las correlaciones en convincentes relatos. Derluguian examina la suerte de tres clases sociales distintas que surgieron tras la muerte de Stalin a fin de explicar los acontecimientos que resultaron tan terriblemente destructivos de la riqueza, la vida y la seguridad después de 1991. Su análisis revela que la configuración de estas tres clases en cada una de las repúblicas fue lo que determinó que la formación estatal postsoviética se encontrara o no al borde del caos.

En primer lugar, está la *nomenklatura*, los altos funcionarios del Estado soviético. En la época de rápido desarrollo y purgas constantes, el ascenso de *status* oficial en la jerarquía era rápido y ofrecía a los jóvenes cultos de origen campesino oportunidades inauditas de ascenso social. Pero el crecimiento en la época posterior a Stalin, en especial bajo Brezhnev, se ralentizó y los talentos jóvenes y ambiciosos vieron bloqueado su acceso a la elite. Además, el fin de las purgas en la era Brezhnev permitió a los funcionarios utilizar su posición para fines venales sin ningún coste. La vida soviética en las provincias implicaba la compra de nombramientos dentro del partido o el Estado por parte de familias que luego distribuían cargos a parientes que incluían la posibilidad de obtener sobornos. Este estado de cosas resultaba bastante cómodo para la *nomenklatura* hasta que el Estado empezó a desintegrarse. Entonces, tuvieron que tomar una decisión histórica: podían robar lo que les fuera posible del patrimonio estatal y salir corriendo; podían buscar el apoyo del centro recién constituido en Moscú a cambio de ayudarles a recuperar poder; o podían metamorfosearse en elites nacionalistas y tratar de dirigir Estados independientes. El tipo de decisión que tomaron tendría consecuencias de gran trascendencia.

En segundo lugar, están los intelectuales nacionales, una subclase del proletariado industrial. Puede parecer extraño para los sociólogos occidentales ver a intelectuales y profesionales tales como abogados, médicos, profesores y periodistas clasificados como proletarios. Pero esta categorización resulta apropiada para el análisis de la sociedad soviética: tal como señala Derluguian, «al igual que los trabajadores, estaban atados al empleo estatal para toda su vida laboral, estaban subordinados a una estructura formal de administración burocrática y dependían de su salario».

Sin duda, reconoce Derluguian, hubo artistas de celebridad y científicos de fama mundial de las principales ciudades que escaparon a las humillaciones proletarias. Pero en las capitales de provincias los intelectuales recibían salarios y vivían en complejos de apartamentos que no se diferenciaban en nada de los de los trabajadores industriales cualificados.

Puede que los intelectuales nacionales fueran proletarios, pero, no obstante, disfrutaban de un *status* especial dentro del sistema soviético. Dado que la URSS era, tal como lo formula el provocador título del estudio que Terry Martin hizo en 2001, un «imperio de la discriminación positiva», las nacionalidades periféricas recibieron instituciones culturales con puestos de trabajo asociados de alto *status*. Universidades, palacios de cultura y sóviets locales aseguraban posiciones para esta nueva clase de intelectuales nacionales. Como Lenin esperaba, estas intelectualidades oficiales regionales desactivaron las movilizaciones nacionalistas; pero, en la medida en que quienes ocupaban estas posiciones no tenían ninguna perspectiva de movilidad fuera de las repúblicas a las que estaban adscritos –«sus credenciales no viajaban más allá de las fronteras de la república»–, se desarrolló en cada una de ellas un núcleo de intelectuales hastiados con estrechos lazos entre sí y con intelectuales nacionales de otras repúblicas. Cuando la Unión se derrumbó, estos lazos aumentaron la solidaridad nacionalista y facilitaron la transferencia de estatutos de autonomía desde el Báltico hasta el Cáucaso. El medievalista armenio Levon Ter-Petrosian y el estudioso shakespeariano georgiano Zviad Gamsakhurdia fueron apenas dos de los intelectuales nacionales que abandonaron sus investigaciones académicas o culturales para llevar a sus repúblicas a la independencia soberana.

En tercer lugar, están los «subproletarios», una categoría que Derluguian obtiene del trabajo de Pierre Bourdieu sobre Argelia. Esta clase «residual» incluye a aquellos que permanecieron fuera de la jerarquía estatal, sobreviviendo gracias a la agricultura de subsistencia y a la emigración para trabajar como temporeros o hacer pequeños negocios. Esta clase tenía especial importancia en la franja septentrional de la Unión. En periodos de normalidad, estos subproletarios dependían de la ayuda y la protección del Estado, aunque con frecuencia como parte de un juego del ratón y el gato de sobornos y subterfugios. Pero sin protección estatal después de 1989, ingresaron en las filas de las multitudes «milenaristas» movilizadas, descubriendo que ahora podían «convertir sus acentos nativos, su religión, sus redes masculinas de iguales y sus modos de ser camorristas en activos nacionalistas».

Tras haber identificado estas tres clases, Derluguian examina sus alianzas y relaciones como vía para calibrar los resultados probables: democracia formal, restauración de la autocracia o caos. El camino hacia el caos en el Cáucaso solía empezar con la retirada de la *nomenklatura*, que ahora se enfrentaba con aquellos a quienes había oprimido y sin un Sóviet que hiciera las veces de gran hermano protector. O escapaban con el dinero

que conseguían con la venta de patrimonio estatal, o se quedaban en su tierra y se reidentificaban como intelectuales nacionales. A continuación, solía producirse una alianza entre intelectuales nacionales y subproletarios. Esta alianza, en gran medida porque los intelectuales nacionales no podían frenar el *habitus* camorrista de los subproletarios, llevó a todas las regiones del Cáucaso en las que se verificó al borde del caos y, en varios casos, las metió de lleno en él.

Este proceso queda perfectamente ejemplificado en la crónica que ofrece Derluguian de la guerra en Nagorny Karabagh –un enclave en Azerbaiyán, con una población armenia mayoritaria–. (Adopto su ortografía en este caso tanto por coherencia como por evitar tomar partido simbólico.) En este caso, el héroe nacional es Robert Kocharian, dirigente de Nagorny Karabagh y, desde 1998, presidente de Armenia, respecto al cual existen rumores de que estuvo detrás del tiroteo contra varios de sus adversarios en el hemiciclo del Parlamento en 1999. En su juventud, después de cumplir el servicio militar obligatorio en el ejército soviético, Kocharian no logró entrar en la Universidad de Bakú, así que obtuvo un título técnico en Yerevan. Pero, al carecer de benefactores locales, no pudo conseguir trabajo en Armenia. Volvió a Nagorny Karabagh y se abrió camino hasta ascender a primer secretario del Komsomol. A partir de entonces, sin embargo, no pudo romper la *nomenklatura* azerbaiyana, que estaba dominada por armenios que debían lealtad al hombre fuerte azerí, Heydar Aliyev. Cuando Gorbachov depuso a Aliyev en 1987, Kocharian viajó a Moscú para implorar la transferencia de Nagorny Karabagh a Armenia y, a su regreso, ayudó a organizar mítines que se fueron haciendo cada vez más populares. Kocharian admitiría más tarde que si hubiera habido la más mínima represión en aquellas reuniones por parte de la KGB, habría desaparecido enseguida de escena. Pero las fuerzas del orden de la Unión Soviética se habían retirado y Kocharian se convirtió casi sin darse cuenta en el dirigente de una rebelión nacional.

Los mítines en Nagorny Karabagh representaban el espíritu inicial de la *perestroika* y a ellos asistieron muchos azeríes que simpatizaban con la causa armenia. La interacción social entre estas dos nacionalidades era bastante normal en todos los planos. Pero, entonces, los subproletarios empezaron a asistir a los mítines, con sus prejuicios antiintelectuales y sus maneras de bandoleros. En la televisión armenia, pusieron vídeos de jóvenes en vaqueros con kalashnikovs bajo el brazo y cantando canciones de batalla de las guerrillas antiotomanas del siglo XIX. Tal como observa Derluguian, «el día antes, a muchos de ellos se les consideraba rufianes y escoria de la calle. Pero ahora se erguían simbólicamente junto a los héroes legendarios de la trágica historia de la nación». Un funcionario azerí le contó a Derluguian que había llamado a sus amigos del colegio de Yerevan «para preguntarles qué demonios estaba pasando, pero me dijeron que uno de ellos llevaba ahora una pistola. ¡Los armenios se han vuelto locos!». Estos subproletarios –encabezados por un miembro *manqué* [fracasado] de la *nomenklatura* convertido en intelectual nacio-

nal con una carrera bloqueada– formaban las milicias que pusieron la región en guerra.

En Kabardino-Balkaria –tierra natal de Yuri Shanibov, sujeto biográfico del libro– había potencial para otro Nagorny Karabagh. Como resultado de las elecciones democráticas en esta pequeña república caucásica en 1989 y de la crisis del «protocolo libanés» de escaños reservados, los balkares –que componían menos de un 10 por 100 de la población de la República– se quedaron prácticamente sin representación. Por lo tanto, exigieron una república propia. Su país natal era una zona montañosa antes empobrecida que se había hecho rica de repente como resultado del *boom* de la práctica del esquí. Ante la perspectiva de una costosa guerra étnica, que dividiría la república y les quitaría a los kabardinios los lucrativos ingresos del esquí, Shanibov se convirtió en el mediador musulmán «Musa Shanib» y elaboró un protocolo revisado que satisfacía a los balkares y evitaba una repetición de Nagorny Karabagh. Este acuerdo entre elites mantuvo a los subproletarios fuera de la ecuación y conjuró la guerra civil.

El caos en el Cáucaso no fue más que uno de los tres modelos que surgieron de la relación entre la *nomenklatura*, los intelectuales nacionales y los subproletarios. En el conjunto de las repúblicas postsoviéticas, el modelo más común fue la reivindicación del poder por parte de un poderoso grupo que había quedado de la *nomenklatura*, esta vez capaz de controlar a los subproletarios, con la introducción de los intelectuales nacionales, relativamente débiles, en la coalición gobernante. Estos aliados temían el alzamiento de los subproletarios como *mujahedin* y, en nombre del secularismo y la modernidad, reimpusieron un régimen autoritario. Las repúblicas de Asia central constituyen los ejemplos clave de este modelo. En el tercer modelo, cuyos principales exponentes pueden encontrarse en los Estados bálticos, los subproletarios eran débiles. Una alianza entre intelectuales nacionales, cuyo considerable poder social procedía de sus posiciones de elite en la sociedad civil pre-revolucionaria, y una *nomenklatura* reformada, que se reidentificaba con los intelectuales nacionales –y respondía al señuelo de la pertenencia a la Unión Europea–, preparó el terreno para una transición pacífica a la democracia representativa.

En esta explicación, la fortuna, la temporalidad histórica y el equilibrio demográfico fueron los factores locales decisivos que diferenciaron aquellas áreas del Cáucaso donde se impidió la guerra civil de aquellas que la padecieron, proporcionando la coreografía del *pas de trois* [paso a tres] que bailaron la *nomenklatura*, los intelectuales nacionales y los subproletarios. Como ejemplo del papel de la fortuna, Derluguian cuenta que, en Georgia, durante un encuentro del consejo de ministros en 1991 en la provincia de Ajaria, Aslan Abashidze –un burócrata de una vieja familia musulmana– disparó y asesinó al primer ministro nombrado por el presidente electo Gamsakhurdia. De acuerdo con la leyenda local, esta bala

que se decía «enviada por Dios» evitó que la región se tuviera que movilizar militarmente contra un dirigente que había soñado con anexionar la Ajaria musulmana a una Georgia cristiana. A juicio de Derluguian, se evitó así una repetición del escenario bosnio. Abashidze, después de haberse beneficiado de los frutos del poder, fue expulsado de su cargo en mayo de 2004 y ahora vive con ostentosa riqueza y relativamente a salvo en Moscú; pero su provincia está sumida en la indigencia. Por supuesto, hay peligros en confiar en estos detalles anecdóticos, pero, en este caso, la explicación de Derluguian, de acuerdo con la cual la pura suerte salvó a Ajaria de un nacionalista georgiano con sueños a la Milošević, parece convincente. Respecto a la demografía, Derluguian señala la alta tasa de natalidad en Chechenia y la enorme cantidad de grupos de inmigrantes descualificados subproletarios que proporcionaron las bases de los grupos guerrilleros a los que los intelectuales nacionales eran incapaces de controlar. Esta alianza de un gran número de trabajadores subproletarios con un puñado de intelectuales nacionalistas contribuyó a llevar a Chechenia a un estado de violencia permanente.

En cuanto a la temporalidad histórica, la guerra no estalló en Kabardino-Balkaria en gran medida porque los acontecimientos se desarrollaron con mayor lentitud en esta remota república, dando tiempo a los intelectuales nacionales y a Yeltsin para ver su futuro en las ruinas de Grozny. Con toda seguridad, Shanib tenía problemas para conseguir armas. No obstante, podía haber dirigido su república al estilo de Dudayev, llevándola a la crisis y al desbarajuste social. En 1992, la policía rusa detuvo a Shanib por fomentar la revolución. Logró una escapada teatral, consiguiendo así un *status* mítico a escala local. Tenía a su disposición milicias de «atletas –luchadores, boxeadores, maestros de artes marciales–, veteranos de la guerra afgana y simples gamberros [dispuestos] para luchar». Contaba también con una alianza de intelectuales nacionales y subproletarios. Pero se evitó la guerra. El gobierno ruso cauterizó la situación induciendo a Shanib y a sus subordinados a convertirse en pequeñas Brigadas Lincoln en Abjasia, desplazando a los subproletarios de Nalchik, capital de la República de Kabardino-Balkaria, hacia Georgia, para luchar en batallas mayores. La *nomenklatura* tuvo tiempo de recuperar el control. Pero, en las inquietantes palabras de Shanib, «si hubiéramos ido hasta el final, hoy yo sería probablemente algún tipo de dictador y este lugar sería tan bárbaro como Chechenia. Por supuesto, la mayoría de nuestros burócratas son ladrones, pero, sin ellos, no puede haber vida civilizada».

Mientras factores estructurales tales como las instituciones estatales y la topografía ayudan a explicar por qué los nuevos Estados tenían propensión a la violencia guerracivilista, Derluguian demuestra cómo las relaciones de clase explican no sólo por qué los Estados postsoviéticos tenían por término medio más propensión al desencadenamiento de una guerra que los demás 103 Estados independizados desde 1945, sino también en qué Estados postcomunistas esta propensión era mayor. Sin ninguna

duda, su confianza en la fortuna, la demografía y la temporalidad para distinguir los casos caucásicos que pasaron la raya de los que la evitaron por muy poco resulta bastante *ad hoc*; sin embargo, es muy posible que resulte que la teoría sociológica pueda, a lo sumo, decirnos dónde esperar una gran propensión a algo y sólo los factores locales puedan explicar la traducción de esta propensión en su efectuación.

Pero un terreno más adecuado a la teorización, y donde Derluigian nos es de poca ayuda, es el de la búsqueda de explicaciones para la tercera y la cuarta pauta identificadas al principio de esta reseña: la variación en la duración de las guerras que sí tuvieron lugar y lo que Derluigian denomina las insurrecciones «congeladas» que quedaron en armisticio. A la pregunta abierta por esta segunda cuestión, Derluigian responde con una sola frase: «Las restricciones políticas que los mediadores occidentales impusieron a las partes beligerantes y la total debilidad de los Estados sucesores, con pocas perspectivas de tener éxito en sus conquistas», serían las responsables de la «congelación» de los conflictos. Esto difícilmente se adecua a la realidad. En todos los casos salvo en el de Chechenia, quien ejerce de tercera parte es Rusia, imponiendo una paz frágil. En Nagorny Karabagh, participa también el denominado «Grupo Minsk» de la OSCE, compuesto por Rusia y Estados occidentales, que apoya un armisticio pero no puede crear una paz a largo plazo. Parece que la función que ejerce Rusia, de tercera parte, produce resultados contradictorios: armisticios rápidos, que reducen la magnitud de las guerras civiles en su «exterior cercano», pero no ofrecen soluciones que puedan resolver las disputas políticas y despejar el terreno para el progreso económico. En Moldavia, Tajikistán y Osetia del Sur, Rusia ha contribuido a negociar y mantener la paz. Pero en calidad de segunda parte, como en Chechenia, Rusia no ha traído ni armisticios, ni progreso económico.

Los armisticios congelados merecen más que una sola frase, porque nos presentan mucho más que un tema teórico. Por ejemplo, los jóvenes desplazados desde Nagorny Karabagh y el vecino corredor de Lachin, al igual que los refugiados palestinos de la guerra de 1948, están creciendo en campos de refugiados y cuentan con el respaldo potencial de un Estado rico en petróleo dirigido por su nacionalidad nominal para reclamar su patria (en litigio). Este armisticio no resuelto resulta, por lo tanto, particularmente preocupante.

Es decepcionante que Derluigian no haya abordado de manera adecuada estas cuestiones vitales. Pero merece reconocimiento por haber identificado las tres clases clave y sus posiciones relativas en el espacio post-soviético. Su identificación de los factores que traducen la propensión en efectuación también resulta esclarecedora. A través de su trabajo analítico, es capaz de explicar un amplio abanico de resultados que hasta el momento habían escapado a análisis estadísticos de todo tipo. Se trata de un logro importante.

La estructura del libro tal como se ha expuesto aquí es mía, no de Derluguian. La suya es una estructura dual, como se sugiere en el título: una biografía desde la perspectiva del sistema mundo de su héroe epónimo, un intelectual soviético de las provincias remotas de la URSS que se hizo nacionalista musulmán en un cambio de trayectoria ligado al hundimiento del bloque comunista. Musa Shanib, admirador secreto de Bourdieu –también descrito en estas páginas como el «Garibaldi del Cáucaso»–, pertenecía a la intelectualidad nacional de Kabardino-Balkaria. Era joven y ambicioso y cabalgó la ola de las reformas de Khrushchev a finales de la década de 1950; de hecho, se cambió el nombre por el de Yuri Shanibov como un gesto de internacionalismo soviético. Como director del Palacio de Cultura local, se hizo un nombre actuando como «bandolero del Kom-somol» (tal como él mismo se describía), eliminando la violencia juvenil. Más adelante, escribió una tesis en la que proclamaba las virtudes del «autogobierno» del campus, un concepto que tuvo muy buena acogida en la década de 1960, y se le recompensó con un puesto de profesor adjunto en la universidad. Pero su movilidad profesional quedó bloqueada –de modo que nunca pasó a formar parte de la *nomenklatura*– no sólo debido a la reducción de oportunidades para el ascenso dentro de la burocracia, sino también porque su tesis doctoral no gustó entre las filas de los «conservadores comunistas» brezhnevitas del centro, que temían las consecuencias de las organizaciones juveniles libres del control del partido. De repente, nuestro héroe se encontró sin promoción universitaria y sujeto a una investigación por parte de la KGB. Políticamente, se vio abocado al «exilio interior» y no desempeña ningún papel en el drama de Derluguian durante decenas de páginas.

Nuestro personaje reaparece a finales de 1988, año en el que el poder de la *nomenklatura* en la provinciana Nalchik se vio amenazado por el apoyo que Gorbachov declaró, en nombre de la *perestroika*, hacia los frentes populares que estaban poniendo en entredicho la autoridad establecida. Los estudiantes y compañeros de Shanibov lo empujaron a hablar en público con claridad y su impresionante estilo como conferenciante le convirtió en un héroe local, encabezando mítines por distintas causas. Cuando las prioridades nacionalistas empezaron a predominar sobre los programas ecológicos, democráticos y de restauración comunista, nuestro Garibaldi caucásico apareció en Abjasia, tomando el liderazgo de la Confederación de Pueblos Montañeses del Cáucaso en 1989, nuevamente como Musa Shanib. Más tarde, dirigió una milicia en la guerra entre Abjasia y Georgia de 1992-1993 y una herida en el campo de batalla puso fin a su carrera. Pero una generación más joven de radicales, menos nacionalista y más islamista, ya le había superado para entonces. De acuerdo con el trabajo de Derluguian, Shanib se perdió para la historia, quedando a la espera de que se le concediera una cátedra largamente deseada en sociología y de recuperar su *status* de intelectual nacional. En efecto, todo esto es material biográfico, pero no tanto como se anunciaba. Los detalles personales de Shanib ocuparían en conjunto menos de diez páginas. Apenas nos enteramos de su vida familiar: su hijo, al que se

hace referencia en una ocasión, permanece anónimo y no hay ninguna mención a su mujer. Shanib no es más que una silueta, sin infancia, sin perspectivas sobre él de otros informantes, sin esperanzas internas y sin crecimiento personal.

La segunda estructura de Derluguian es un intento de síntesis de la teoría del sistema-mundo, la sociología histórica y la sociología reflexiva de Bourdieu. Presentado como una fórmula destinada a alumbrar nada menos que una segunda Edad Dorada de la disciplina, gran parte de este proyecto sociológico es tan abstracto e impenetrable como las obviadas soviéticas que se propone sustituir. Derluguian escribe sobre la sociología estadounidense (y francesa) con el mismo tono de seguridad con el que describe las manifestaciones del capital cultural en Georgia, donde su grado de comprensión es profundo y refleja años de trabajo de campo. En su poema de alabanza a sus héroes sociológicos –marginales desde el punto de vista profesional, aunque influyentes intelectualmente– ignora el hecho evidente de que ninguno de ellos ha producido nunca un análisis global de la sociedad soviética. Puede sacar provecho del análisis de la correlación entre los temas tesinales soviéticos de intelectuales rusos y caucásicos y sus consiguientes posiciones políticas, pero sus juicios *ex cathedra* sobre la sociología estadounidense, en los que clama contra escuelas de pensamiento rivales, carecen de profundidad y así no pueden parecer sino insípidos en comparación. Tampoco son mejores sus reflexiones sobre las disciplinas hermanas. A partir de su descripción, nunca se podría adivinar que las disciplinas que han producido estudios serios del funcionamiento interno del sistema soviético y su impacto en su periferia son las ciencias políticas (Merle Fainsod y Jerry Hough) y la historia (Sheila Fitzpatrick y Ronald Suny), y no la sociología idealizada de Derluguian.

Pese a las insinuaciones de nuestro autor, las grandes obras de estos estudiosos en ciencias políticas e historia no están en deuda con las categorías de la Guerra Fría. Además, Derluguian hace caso omiso de contribuciones sociológicas como la panorámica global que hizo Basile Kerblay del sistema soviético y el trabajo demográfico de Barbara Anderson. Por otro lado, acusa al campo de la economía de inmovilidad, pero, después de todo, quien reveló la aplicación de la ortodoxia neoclásica a las economías postsoviéticas como «bolchevismo de mercado» fue Joseph Stiglitz, un premio Nobel de economía; este hecho sugiere de por sí una disciplina que es dinámica y beligerante. Por desgracia, el homenaje que Derluguian rinde a la teoría y a las digresiones macrosociológicas sobre planteamientos académicos rivales es, al igual que el Estado de *pueblos Potemkin*² que tan bien entiende, más un espejismo que una realidad.

² La expresión *Potemkin villages* [pueblos Potemkin] hace referencia a los pueblos falsos que, supuestamente, habría construido el ministro ruso Grigori Aleksandrovich Potemkin para impresionar y ganar los favores de la emperatriz Catalina la Grande durante su gira por Crimea en 1787, tras la campaña militar rusa en la región. Con el paso del tiempo, la expres-

Al estructurar el libro como lo ha hecho, puede que Derluguian haya recurrido a la ironía. Utilizando una táctica de cebo-y-fusta, nos proporciona poca biografía y una teoría del sistema-mundo que arroja aún menos luz sobre el tema que trata. ¡Pero la fusta! Se trata de etnografía al servicio del análisis de clase. Y pese a que de vez en cuando parece preferir una gran historia a la reproducción fiel de la verdad histórica, es una joya. Algo de esto se prefigura cuando nos enteramos del bautismo de Derluguian en el *habitus* de la sociología estadounidense. Nos habla de su horror cuando un positivista sociológico se le enfrentó en una conferencia en Estambul y un posmoderno le salvó, atacando verbalmente no a Derluguian, sino al positivista. Reconoce que, entonces, no entendió ninguna de ambas perspectivas, pero que aquello le recordó a una gira que hizo como funcionario soviético por Mozambique, cuando, «atrapado por el fuego cruzado entre los rebeldes matsanga y las Milicias Populares del gobierno», aprendió a «mantenerse quieto y disfrutar de los fuegos artificiales». Éste es el humor y la lucidez que introduce en su trabajo sobre los efectos adversos de la época postsoviética.

Esta etnografía es en parte observación de campo, en parte autobiografía, en parte biografía y en parte rumorología, todo al servicio de excavar bajo los detritos del hundimiento soviético para identificar las nuevas formas de vida que van trepando a través de los escombros. Derluguian es un maestro anecdotista de la sociedad soviética y postsoviética. Su ojo para el detalle, penetrante como el láser, revela la subestructura del poder soviético y sus fallas. Explica la especial posición ventajosa de la que disfruta diciéndonos «no soy sólo un sociólogo; también soy un autóctono [...] Crecí en el Norte del Cáucaso y, por lo tanto, me inculcaron un sentido práctico de las realidades locales. Pero esta socialización nunca fue tan total como para convertirse en *habitus* irreflexivo». Cuenta con esta semiaculturación y saca grandes beneficios de ella, porque le proporciona acceso a sus informantes clave y credibilidad ante ellos. La ocasión más memorable en la que se muestran las ventajas de este *status* interior / exterior es aquella en la que Robert Kocharian, en una frase que, por sí sola, vale el precio del libro, le dice que «recibo visitas de hordas de estudiosos de todas esas universidades extranjeras de Harvard-marvard Oxfordshmaksford, que vienen a darme lecciones sobre resolución de conflictos, derechos de las minorías y cosas parecidas. En un lenguaje muy erudito me dicen todo lo que ya sé».

El carácter único de la perspectiva de Derluguian se hace ya evidente en el primer capítulo, «El terreno». En este capítulo, el autor hace un retrato de un mitin electoral de enero de 1997, en la Plaza de la Libertad, en Grozny, en un momento intersticial entre las dos guerras de Chechenia, que atrajo a una horda de periodistas occidentales en búsqueda de las raí-

sión ha pasado a designar genéricamente algo que parece elaborado e impresionante pero que, en realidad, carece de sustancia [N. de la T.].

ces tradicionalistas del separatismo checheno. Derluguian describe los principales temas de campaña –poner un nuevo nombre a la ciudad y al país–, pero demuestra que todo lo que se habló tenía poca relación con los que asistieron. Para los fotoperiodistas extranjeros, cuya atención se consumió en un niño pequeño con vestimenta militar que llevaba una pistola de juguete, pasaron totalmente desapercibidos detalles como los «estrechos grupos de chicas adolescentes que reían sin parar, vestidas elegantemente y casi iguales con abrigos de cuero a la moda traídos de Turquía», que «parecía como si fueran a irse de compras o a una discoteca, en lugar de asistir a un mitin político. Estas chicas urbanas», cuenta Derluguian, «en realidad superaban en número a la gente con un tipo de vestimenta poco común, como uniformes militares, atuendos islámicos para cubrir la cabeza o trajes folclóricos chechenos». En la periferia del mitin, Derluguian advierte un mercado improvisado, en el que comerciantes locales venden tarjetas telefónicas de larga distancia, boinas verdes de la resistencia, pósters y la nueva bandera nacional chechena, que muestra a una loba y cuyo diseño pretende transmitir un mensaje secular.

Para muchos chechenos en busca de una transición ordenada, el héroe era un diplomático suizo desconocido: el mediador de la OSCE, Tim Guldimann. Este hombre había ayudado a financiar y gestionar las elecciones nacionales que llevaron a la victoria del moderado Aslan Maskhadov y, sostiene Derluguian, se juzgaba que su presencia activa suponía la confirmación de la implicación de Europa en el futuro de Chechenia. Uno de los rivales de Maskhadov era Movladi Udugov, que se había centrado en el eslogan de «Orden Islámico». De acuerdo con la interpretación de los hechos de Derluguian, «pocos extranjeros [...] parecían advertir cuántos chechenos, para sorpresa de todos, despreciaban abiertamente a Udugov. En los círculos cultos, se le llamaba neofascista o “pequeño Goebbels”». Impopular en su tierra, sólo podía conseguir financiación de benefactores en Oriente Próximo.

El *enfant terrible* de la campaña era Salman Raduyev, que se presentó en el mitin con «una boina militar negra que recordaba a Saddam, el pañuelo a cuadros árabe (*qufiya*) alrededor del cuello y la cara oculta casi en su totalidad tras unas gafas de sol enormes». Antes, había sido un *komsomolista* activo y un tecnócrata preparado. Pero cuando Yeltsin atacó Chechenia, Raduyev utilizó sus conexiones familiares para convertirse en un comandante de la resistencia. En una incursión en Daghestan en 1996, demostró tal crueldad hacia rehenes inocentes que revolvió el estómago de la mayor parte de los daghestaníes, disuadiéndoles de cualquier alianza con los chechenos. En cuanto Raduyev empieza a vociferar a la multitud en la Plaza de la Libertad, la gente se marcha a mirar a una compañía de danza de los pueblos que combina bailes populares tradicionales con esloganes islámicos. Un checheno de mediana edad entre la multitud le dice entre dientes y con desagrado a Derluguian: «Ésta era una ciudad moderna y culta, pero el campo nos ha invadido y ahora los extranjeros vienen aquí como si fueran al zoo. Dudayev empezó todo esto».

Ésta es la experiencia cotidiana de una situación revolucionaria y Derluguian demuestra tener familiaridad con su realidad social subyacente. Sus habilidades de observación se ponen a prueba cuando examina la rápida transformación desde el despertar nacional hasta la violencia caótica en el Cáucaso. Derluguian utiliza su talento para demostrar que los actores clave en la historia provincial postsoviética –aquellos que se meten en las milicias, se cambian el nombre para demostrar identificación con su ascendencia islámica y salen a las plazas centrales a proclamar los principios nacionalistas– son personas en tres dimensiones, arraigadas en estructuras sociales reales.

¿Qué significa sostener que los intelectuales nacionales se alían con los subproletarios? La conexión cobra vida cuando, en un acto que Derluguian considera «violencia simbólica» hacia las minorías, el presidente georgiano Gamsakhurdia nombra como prefecto de Ajaría a uno de sus amigos bohemios: un hombre descrito en los documentos oficiales como un disidente, pero del que los habitantes locales saben que se le encarceló por una reyerta en un restaurante. De acuerdo con la mitología local, la provincia sólo se libró de él por una bala legendaria de Dios. Asimismo, nos enteramos de que, en Grozny, la *nomenklatura* apoyó el golpe militar de agosto de 1991 que derrocó temporalmente a Gorbachov. Esto dio una oportunidad a los intelectuales nacionales que organizaban mítines democráticos. Pero difícilmente podían controlar la infiltración en estos mítines de subproletarios semirrurales, incapaces de emigrar hacia sus anteriores oportunidades de empleo fuera de Chechenia a causa del hundimiento de la economía soviética. La retórica del general Dudayev resonó mucho más allá de sus expectativas y el resentimiento que crecía entre los subproletarios contra Rusia le empujó hacia mayores hazañas de oposición radical, proporcionándole una rotunda victoria como presidente de la república. La escalada del conflicto entre Chechenia y Rusia indujo una emigración masiva de la *nomenklatura* y de los profesionales urbanos, «eliminando de la Chechenia de Dudayev prácticamente a todos los aspirantes al poder político excepto aquellos que se ganaban la vida con la pistola». En este caso, la alianza de intelectuales nacionales y subproletarios le vino impuesta a Dudayev y él la utilizó en su beneficio político.

En su análisis de las milicias georgianas que lucharon en Abjasia, Derluguian explica que a los georgianos subproletarios se les metió en esta alianza con engaños. Se afiliaron a los paramilitares nacionales porque se les había prometido que las tarjetas de afiliación eran el *sine qua non* para los cupones de privatización de las subastas de tierras. Estas mentiras distan de los «incentivos selectivos» postulados por aquellos que, como Mancur Olson, han identificado una lógica de acción colectiva. El análisis de Derluguian del creciente apoyo al islamismo está también basado en la observación etnográfica. Señala que en la época postsoviética, con escasez de oportunidades, los intelectuales que hablaban inglés consiguieron trabajo y *status* trabajando para las ONG; pero los subpro-

letarios, que no hablan inglés, consiguieron una recompensa paralela de las organizaciones benéficas islámicas. No se han vendido en mayor medida al dinero extranjero, insiste Derluguian, de lo que lo han hecho los trabajadores anglohablantes de las ONG. En la doctrina salafista, sostiene, los nuevos conversos encontraban «una oportunidad para constituirse en un grupo separado, con un *status* distinto y una fuerte solidaridad interna, que podía reivindicar su representación de una faceta del movimiento mundial por la renovación de la fe y la reordenación moral de los asuntos sociales».

La etnografía derluguiana resulta apasionante, pero no llega ni mucho menos a la explicación. Ilustra su razonamiento con una serie de diagramas y tablas que, por lo menos para este crítico, se mantienen totalmente opacos; en todo caso, no hay ningún intento de formalizar el razonamiento de tal manera que los mecanismos que impulsan determinados resultados queden especificados con claridad. Derluguian no muestra ningún interés por la investigación basada en series temporales de datos cuantitativos (como si sus notas de campo que relatan rumores fueran más objetivas). Sin embargo, los modelos estadísticos y formales no son antitéticos, como sugiere él, sino más bien complementos naturales de las técnicas narrativas –investigación de archivo, etnografía y biografía–, de las que este autor es un maestro. Al ignorar las estadísticas, resulta ciego a las pautas de la guerra civil que quedan por explicar. Tampoco demuestra ninguna sensibilidad hacia cuestiones estadísticas como las que se refieren a la selección de sus informantes; por ejemplo, no sabemos si las opiniones que relata del mitin de Grozny son representativas tanto de los habitantes de las montañas, como de los de la llanura. Al dejar de lado los modelos formales, hace caso omiso de la dinámica de los mítines –tal como aparece en la obra de Rasma Karklins y Roger Petersen, Timur Kuran y Susan Lohmann–, de acuerdo con la cual los potenciales manifestantes basan su decisión de asistir en el número de conciudadanos que salieron a la plaza el día anterior. Sin duda, su retrato de los distintos motivos de los manifestantes –vender, reinventarse en una nueva categoría social, hacer alarde de la ultimísima moda, escapar de la condena que cabría esperar de sus viejos amigos del colegio si se quedan en casa– resulta convincente. Pero la teoría sociológica hubiera avanzado si Derluguian hubiera construido su razonamiento a partir de estos modelos, mejorando su potencia explicativa, en lugar de pasarlos por alto.

Paralelamente a este oscurantismo sociológico y a esta caricatura de las ciencias sociales en general, hay otro libro –un libro convincente– que merece toda nuestra atención crítica. El método de Derluguian de elaboración de las formaciones de clase, sus recomposiciones y las alianzas históricas a través de la técnica de la etnografía constituyen una ingeniosa yuxtaposición que contribuye a un texto que es a la vez revelador desde el punto de vista sociológico y apasionante desde el punto de vista narrativo. La suya es una nueva forma de análisis de clase, basada en la observación de los detalles microsociológicos de la vida cotidiana; pero tam-

bién prevé las consecuencias políticas de esas alianzas de clase a ras de tierra y ayuda a revelar los procesos que convierten la disposición hacia el estallido violento en realidad.

Este estudio resulta aún más importante en la medida en que, tal como sugiere Derluigian, los subproletarios son la clase que está experimentando un crecimiento más rápido en la periferia capitalista globalizada. Cómo reaccionan a las elites nacionales y religiosas y cómo los burócratas orientados hacia el *statu quo* las contienen determinará los acontecimientos tumultuosos que seguirán inevitablemente al hundimiento de otros regímenes autoritarios. Al confiar en la etnografía para descubrir las bases sociales de los modelos de conflictos de guerra civil y la política actual de redistribución del botín soviético, *Bourdieu's Secret Admirer in the Caucasus* indica una dirección para futuros trabajos sobre los peligros del ocaso autoritario.